

FERNANDO LÓPEZ ROMERO. *“DIOS, PATRIA Y LIBERTAD”*: ARTESANOS QUITIÑOS Y POLÍTICA. 1929-1933. UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, 2015, 102 pp.

Los artesanos y la historia de la formación de la clase obrera ecuatoriana son los ejes centrales de este trabajo investigativo, donde la vida cotidiana y la militancia, en sus respectivas instituciones y gremios, permiten reflexionar este período. El recorrido histórico inicia en las primeras décadas del siglo XX, pauta que permite adentrarse en el trajinar de los diversos sindicatos obreros fundados en la ciudad de Quito. El autor refiere inicialmente a la creación del primer sindicato en el año 1934, en la fábrica textil “La Internacional”, continúa con la formación de la Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos (CEDOC), en 1938, y llega hasta la fundación de la Confederación de Trabajadores del Ecuador (CTE), en 1944. Este recorrido cronológico es uno de los ovillos con los cuales va tejiendo la narrativa de los sindicatos ecuatorianos.

La presencia activa de las “masas” y los sectores subalternos son los factores más significativos en este período, especialmente porque estos hechos no ocurridos en épocas anteriores contribuyen a la efervescencia de la vida política del país. Por supuesto, la conmoción obligó a que los artesanos quiteños plantearan su propia agenda y participaran de forma activa en la vida política y social; es decir, es una época donde surgen nuevas agendas políticas de la mano de organizaciones recién nacidas en las regiones Sierra y Costa del país.

En este escenario, Fernando López Romero desarrolla uno de los argumentos centrales de la investigación: “la inserción de los artesanos en la política nacional, se materializó en el marco del debilitamiento de las vertientes partidistas liberal-conservadora y con la victoria electoral de Velasco Ibarra en 1933” (p. 16), lo cual dio cabida a la inserción de nuevos actores políticos en la contienda política.

Situada temporalmente entre los años 1929–1933, la investigación tiene algunos hitos históricos que deben ser detallados, solo a través de ellos podemos tener una panorámica amplia de lo que se vivía en aquella época: la institucionalización del reformismo juliano a través de la constitución de 1929, la proclamación de Isidro Ayora como nuevo presidente del país, la crisis económica y política de 1930, la destitución de Ayora en 1931, el apareamiento de la Compactación Obrera Nacional (CON) y del gobierno de Bonifaz (que duró tan solo un año), “la huelga general política” iniciada por los estudiantes en agosto de 1933 que terminó con la crisis del liberalismo y la asunción a la presidencia de la República de José María Velasco Ibarra. Este momento histórico el autor lo define, en base a los trabajos de Juan

Maiguashca, como un período en transición, es decir un lapso corto que definió la “constitución de la clase trabajadora en *clase* a través de la adquisición de una ‘conciencia de clase’ mediante su inserción en los temas políticos nacionales” (p. 18).

Introducirse en la problemática marxista y sus diversos conceptos y categorías, por ejemplo, el concepto de *clase* o *conciencia de clase*, permite al autor reflexionar no solo a partir de dicho cuerpo teórico, sino también discutir con autores que han trabajado el tema de lo laboral y su vínculo con lo político. Otros conceptos que orientan este trabajo son: autoridad paternal y economía moral; así como la literatura sobre sindicatos y gremios de la historia ecuatoriana, especialmente del siglo XX.

López Romero comparte las preocupaciones teóricas de Juan Maiguashca y Liisa North, quienes cuestionan el sobredimensionamiento que diversos autores le han dado al concepto de clase desplazándolo por “conciencia de clase”. Parte del supuesto de que “los artesanos quiteños integraron la clase trabajadora en los sentidos propuestos por Marx, como el amplio conjunto de personas al que se puede clasificar de acuerdo con un criterio objetivo, su lugar de producción, y por su conciencia de clase en un sentido subjetivo” (p. 19), ambos problemas, tanto el de clase como el de conciencia de clase, son inseparables. En otras palabras, las condiciones de clase son heredadas y no elegidas, lo objetivo y lo subjetivo están relacionados en una totalidad. Los artesanos quiteños adquirieron su conciencia de clase a través de la acción política heredada directamente de la acción política. A esto hay que sumar que asumieron los problemas nacionales y las diferencias como obreros y trabajadores.

La conciencia política, en palabras del autor, se enlaza con la denominada *economía moral*, donde la relación mediada por valores es preponderante. La inmensa mayoría de artesanos eran católicos practicantes, respetuosos de la autoridad paternal, con un alto nivel de patriotismo republicano y una firme creencia en las obligaciones de las élites y las autoridades. En base a estos argumentos, el autor plantea un alcance al concepto de E. P. Thompson, de acuerdo al cual los artesanos quiteños desarrollaron una “economía moral de los pobres” caracterizada por un consenso popular en base a las normas económicas y políticas que rigen el accionar humano y el de los distintos sectores sociales. Este tipo de conciencia, propio de los momentos de transición, donde los de abajo establecen una autoobligación, acatando los argumentos de los de arriba, pero también reaccionando de forma directa cuando hay un incumplimiento de las que consideran las obligaciones de los de arriba.

Precautelando inducir un ventriloquismo (los políticos o intelectuales eran quienes hablaban en nombre de los obreros), López Romero asegura

que no cabe utilizar ese concepto en el caso de los artesanos de Quito, por dos razones: la primera se refiere a los testimonios directos en los cuales se registra que no había grandes núcleos militantes que hablaran en nombre de los artesanos; y la segunda es que los gremios mutuales tenían una larga tradición organizativa en la que se expresaban por sí mismos a través de los múltiples dirigentes.

Las fuentes bibliográficas del autor son múltiples y variadas, desde los debates clásicos entre Rafael Quintero y Agustín Cueva, cuya propuesta giraba alrededor del concepto de populismo, hasta lecturas más contemporáneas como las de Jaime Durán Barba, Richard Milk, Alexei Páez, Juan Manguashca, Jaime Levi y Patricio Ycaza, al igual que en los aportes de Hernán Ibarra, Milton Luna y Guillermo Bustos. En su conjunto, los autores aportan para reflexionar la década de los veinte y treinta del siglo pasado. Pensar los conceptos de sectores subalternos y pueblo en la política ecuatoriana, en la primera mitad del siglo XX. A la par, se utilizan una serie de fuentes: artículos, libros, memorias personales, diarios de la época (*El Día* y *El Comercio*) y hojas volantes, hacia los cuales el autor hace un acercamiento crítico.

Las conclusiones “provisionales” a las que llega López Romero tienen que ver con la participación política del artesanado, tema fundamental de su investigación, mediante la revisión de su presencia organizativa y política en una trama compleja de participación y apareamiento de nuevos actores. Este se puede considerar como un momento crítico de participación de los sectores subalternos, los artesanos, parte de la historia de los trabajadores como fuerza moral en el proceso de constitución política de su clase a través de los actos y luchas mediadas por una economía moral que dirigió la acción de los programas obreros y su actuación política.

Raúl Zhingre

*Universidad Central del Ecuador / Escuela Politécnica Nacional*